

La caja de bombones estaba encima de la mesa, roja, con aquel papel de celofán transparente que las caracteriza. El lazo, también rojo, le hizo pensar en quien le había regalado aquella enorme caja de bombones. No lograba recordarlo. Era extraño. No había sido su cumpleaños. Nadie había llegado de viaje durante los últimos días, y ella evidentemente no se había comprado aquella gran caja de bombones. Era una enorme caja de al menos cuarenta euros —y si se hubiera gastado cuarenta euros lo recordaría—. Tal vez su cuñada se la regaló por navidad y ella no lo recordaba —su cuñada era médico, y por navidad los pacientes le regalaban más bombones de los que podía comer—. Frunció el ceño perpleja. Aunque se la hubiera regalado, no comprendía como no recordaba haberla dejado sobre la mesa. Hubiera jurado que aquella mañana al ir a trabajar no estaba allí.

—¡Va! ¿Qué más da? —estaba cansada y los bombones eran una de sus golosinas preferidas. Con un gesto casi lascivo rompió el celofán, escogió con dos dedos un pequeño bombón envuelto a su vez con un papel rosa plateado. Dobló el papel de plata, lentamente, aplicando fuerza a cada doblez, prolongando su propia espera antes de disfrutar de aquel inmenso placer. Finalmente se puso el bombón encima de la lengua y lo paladeó con suavidad, moviendo la lengua sobre la dura capa de chocolate, sin querer llegar demasiado pronto al interior, aquel interior relleno que era el último placer que escondía aquel dulce regalo. Hizo fuerza con la punta de la lengua y logró hacer un pequeño agujero en la capa. Fue entonces cuando lo sintió. Una pequeña punzada. Luego sintió algo suave y viscoso. Tuvo una cierta sensación de repelús al notar como aquella cosa viscosa serpenteaba sobre su lengua y se internaba por el interior de su garganta. Hizo un gesto de asco pero asumió que era la

sensación extraña provocada por el licor que había dentro del bombón —dulce y margo, rara combinación— pensó.

No fue hasta después de cenar que volvió a sentir aquel leve deslizar serpenteante y viscoso. Esta vez lo sintió cerca de la nariz. Buscó un pañuelo y sé lo llevó hacia ella, preguntándose si de nuevo había vuelto a caer constipada, pero el serpenteo cesó, no le dio más importancia, y se fue a la cama, extrañamente cansada.

No era muy consciente de su alrededor cuando volvió a notar el serpenteo. Se llevó la mano a la frente pues era allí donde notaba el leve movimiento viscoso. Esperaba encontrar alguna hormiga de aquellas que no podía exterminar de su jardín, pero de repente retiró la mano con un gesto de asco. Consciente de que debía averiguar que le estaba pasando volvió a levantar la mano lentamente, con temor a descubrir que su primera apreciación había sido buena. Con movimientos muy cortos se tanteó la frente. Sí —pensó con terror— allí estaba. Un cuerpo se movía sinuosamente subiendo por su frente. Para su horror se dio cuenta que no estaba sobre su piel, sino ¡bajo su piel! Repitió un gesto de asco y aterrorizada presiono con sus dedos para detener el avance de aquel cuerpo sinuoso, que lenta pero obstinadamente seguía subiendo por su frente. No supo como, pero sabía que debía evitar que aquel cuerpo insidioso siguiera subiendo y subiendo, pero por más que apretaba era incapaz de obturar el paso a aquella cosa. Sintió su respiración entrecortada y su mente desorientada. De repente se dio cuenta, solo había sido un sueño.

Se levantó moviendo la cabeza con asco como si pudiera alejar aquella terrible imagen y se fue al lavabo a trompicones. Cuando llevó un café a la mesa vio de

nuevo la caja de bombones, y por un momento tuvo la tentación de coger uno, pero luego recordó la mala noche pasada –nada de chocolate –se dijo a si misma— ya sabes que dijo el médico, chocolate = a migraña.

Pero cuando regresó a la noche del trabajo la pesadilla quedaba lejana y los bombones, tentadores, estaban sobre la mesa. No lo dudó y esta vez se dejó llevar con el corazón acelerado como si no lo pudiera evitar. Cogió dos, uno de papel plateado y otro sin papel, de chocolate negro. Los puso ambos en la boca, casi sin deleitarse esta vez, con glotonería, con ansiedad. Cuando sintió la sensación serpenteante lanzó una mirada aterrorizada a la caja de bombones, y estuvo a punto de escupir las suaves golosinas.

—El medico ya me ha dicho repetidas veces que no debo tomar chocolate si quiero evitar las migrañas –se repitió de nuevo a si misma— pero aquella caja de bombones la llamaba de una forma poderosa que ella se vio incapaz de evitar. Y con un movimiento espasmódico semejante al de un drogadicto que ansia su dosis cogió una y otra vez un bombón tras de otro. Ya casi no sintió las punzadas y no hizo caso de los leves movimientos serpenteantes.

Cuando dejo de comer, tenía la cara llena de chocolate, y un montón de papeles arrugados sobre la mesa. Miró culpable la caja semivacía, y fue hacia su botiquín con poco convencimiento. Puso en su lengua una pastilla de tonacepán Su rugoso contacto le recordó aquel viscoso y serpenteante que unos instantes antes había sentido, ya no con asco, sino casi con gusto. Miró su cara en el pequeño espejo y se asustó de aquella visión tétrica y demacrada de sí misma. Se marchó a la cama convencida que

aquella noche nadie la libraría de la migraña –si ya me lo dice el médico que no debo tomar nada de chocolate– se recordó a si misma con un tono culpable.

Cuando se acostó por un momento tuvo miedo de cerrar los ojos. Intuía que el chocolate no sólo provocaba migrañas. A pesar de ello, a los pocos instantes sintió como sus párpados cada vez pesaban más, y estaba apunto de dejarse llevar por el sueño, cuando sintió de nuevo aquel movimiento sinuoso. Por un momento estuvo tentada de llevar los dedos a la frente para detener aquello, asustada. Se contuvo, en un acto reflejo –no puede ser, son imaginaciones mías –pensó— aún no estoy dormida—. Pero entonces notó otro movimiento. Aterrorizada, sintió su corazón como se aceleraba y su respiración entrecortada. Algo sinuoso y suave se abría paso en su interior. Histérica, se llevó las manos a la frente intentando parar aquel avance insidioso. Ahora los elementos sinuosos eran cada vez más. Fluctuaban por la frente hacia arriba, siempre hacia arriba y ella era consciente, que si aquellos cuerpos que serpenteaban por su frente conseguían llegar hasta su cerebro aquello sería su fin.

Sintió horrorizada, como ella misma estaba arañando su frente y dejándose piel en las uñas, la sangre resbalaba por sus dedos y por sus ojos, y ella, frenética, seguía arañando intentando quitarse aquellas bestias que, viscosas, seguían su camino arriba, arriba, y ella consciente que representaban su muerte arañaba una y otra vez, posea por una fuerza y una resistencia al dolor que jamás hubiera imaginado. Al fin consiguió llegar hasta los bichos, clavó en uno de ellos una de sus uñas y lo estiró con fuerza y rabia. Entre medio de una visión sanguinolenta logró ver aquel anélido blancuzco que se estremecía, retorciendo su cuerpo serpenteante en su uña. Pero

ellos eran ya centenares y ella solo tenía sus diez uñas para luchar con ellos. Mató uno y otro hasta que se sintió rodeada en la cama por cadáveres de aquellas bestias.

A pesar de todos sus esfuerzos, los cuerpos serpenteantes siguieron hacia delante, y ella fue incapaz de detenerlos a todos. Uno a uno fueron introduciéndose en su cerebro y ella pudo percibir como poco a poco se comían cada una de sus neuronas. Cuando uno de sus brazos comenzó a hormigear, comprendió que los bichos estaban comiendo las neuronas que controlaban sus movimientos motrices, como forma de defensa, e intentó matar algunos más, consciente de que aquellas bestias eran inteligentes y que no le quedaba mucho tiempo. Pero pronto sus brazos, sus manos y sus uñas yacieron, inmóviles, inútiles. En silencio, resignada a aquel horror, y consciente de que ya no podía hacer nada, deseó por un instante que todo fuera un sueño.

Aquellos asquerosos bichos serpenteantes y viscosos fueron comiéndose cada una de sus neuronas, y ella fue sintiendo como perdía cada una de sus funciones vitales. Al final cuando ya sólo le quedaban un poco de conciencia mostró una leve sonrisa con la poca fuerza motriz que le quedaba a sus nervios y pensó: —Y yo que temía las migrañas, ¡al menos he disfrutado de la caja de bombones!

— Vaya espectáculo más sangriento —dijo el policía con cierto desconcierto-- ¿Y esta desgracia se lo ha hecho ella misma?

— El forense dice que puede ser un caso de cáncer cerebral —contestó su compañera— A veces no son diagnosticados, y durante la metástasis final se pueden

volver locos. Ahora deberán abrirla para la autopsia pero seguro que esa tiene el cerebro desecho.— El poli asintió saliendo de la habitación con cierto asco.

— Creo que no tenemos nada más que hacer aquí. ¿Has visto esa caja de bombones?

Al menos disfruto de su última noche.

— Sí —contestó ella— como la última comida de un condenado.

—El segundo piso esta aún lleno, que desperdició de bombones, ¿No es cierto? —Ella asintió:

—Sí. Juan, a tu hija le van a encantar. Llévate la caja. Ella ya no los va a necesitar, ¿no es cierto? —El policía asintió y con un gesto mecánico desenvolvió uno de los bombones. Cuando sintió el leve pinchazo y el movimiento sinuoso y viscoso, pensó que aquellos bombones debían llevar alcohol y que mejor no dárselos a su hija pequeña.